R
366/7

PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN

SOL DE LA RIOJA

MARIA DE VALVANERA

R
1071

LOGROÑO
1954

1. Virgen Mª - Advocaciones - Valvanera
2. ~~Rioja, La - Culto~~
2. Virgen Mª - Culto. - Rioja, La.
248.159 Valvanera
232.931 (465.3)

c-43295

R
1071

La Virgen de Valvanera, Reina de la Rioja y de los Cameros

PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN

SOL DE LA RIOJA

MARIA DE VALVANERA

BIBLIOTECA PÚBLICA · LOGROÑO ·

R. 20.795

LOGROÑO
1954

LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL, queriendo honrar a Nuestra Madre la Santísima Virgen con ocasión del Año Mariano y coincidiendo con la solemne coronación de Nuestra Patrona la Virgen de Valvanera, convocó, por acuerdo adoptado en sesión de 6 de marzo de 1954, un concurso de monografías sobre el tema

Las advocaciones históricas de la Virgen en la Rioja.

Reunido en 14 de agosto el Jurado que había de fallar dicho certamen, resolvió adjudicar el primer premio al trabajo presentado por el Cronista Oficial de la Rioja, don José María Lope Toledo.

Para hacer entrega del premio al escritor laureado y, sobre todo, para rendir el público homenaje a la Patrona de la Rioja y de los Cameros, Nuestra Señora de Valvanera, la Excma. Corporación Provincial organizó el día 7 de noviembre del mismo año un solemnísimo acto mariano en el Teatro Bretón de los Herreros de esta Capital.

En este folleto se recogen literalmente el discurso pronunciado por don Manuel de Benavides y García de Zúñiga y el prólogo de la obra galardonada, que fué leído por su autor, el Sr. Lope Toledo.

PRÓLOGO

DEL TRABAJO PREMIADO, ORIGINAL
DE DON JOSE MARIA LOPE TOLEDO

RIOJANO *fué el primer cantor de la Virgen. La Rioja entera adoró siempre a la «Reina de los pensiles, aclamada la Gloriosa», como desde el «portaleio» de San Millán de Suso balbucía Gonzalo de Berceo.*

Desde aquella ingenua lejanía medieval—replicada su imagen en venustas efigies románicas, góticas, bizantinas—la Virgen sonríe sobre las colinas y sobre los llanos, sobre los oteros y sobre los valles, en mil ermitas riojanas, donde la égloga se trueca en milagro.

El concurso que convocó la Excma. Diputación de Logroño, en la alta ocasión de la coronación de la Virgen de Valvanera, pastora de luceros, en la cita puntual de este año mariano, tendrá la virtud de plasmarse en un tratado de la iconografía mariana de la Rioja; un tratado completo—arqueológico, histórico, folklórico—en laude y exaltación de la Virgen, Nuestra Señora.

Pero, vaya por delante una confesión. De mí sé decir que no presumo de haberla estudiado doctoralmente. Me enorgullezco sólo de haberla mirado a los ojos. Y ya dijo alguien: «Los ojos o no se hablan o se tutean».

A María de Valvanera, tan riojana siempre como la brisa que orea su frente, en la ermitaña

soledad de los Distercios, dedico mi trabajo. Mi ofrenda para la Reina de la Rioja.

Yo reclinaré estas páginas, como un ramito de brezo, en el cuévano milagroso de su árbol. Sobre el libro humilde revolarán las abejas y entonces yo quisiera que mis palabras, mis razones, mis afectos rezumaran esa suave dulcedumbre, con que ellas mielean sus panales.

Descansarán mis pies en la escalinata peregrina; la firme sombra del roble—abanico de la clave románica, en las tardes de fuego—devolverá calma y quietud a mi pulso sofocado.

Cruzaré mis brazos, y como ya no tengo madre que me bese, Ella posará sus labios en mi frente.

María de Valvanera, — yo entonces le diré — hierbabuena del cielo, asómate a tu reja que temblando te traigo mi corazón y mi verso :

Ya estoy aquí otra vez. Ahora levanto
hasta tu mano un libro. Ciegamente
lo ofrezco a Ti, lo mismo que tu fuente
mana entre breñas su desnudo llanto.
Ya estoy aquí otra vez; ya estoy de nuevo
cerca de Ti.
Mas ahora yo quisiera
derrumbar la quietud del mediodía.
María de Valvanera, no puedo
celar mi amor. Pues, si no te dijera
cuánto te quiero, Reina, me ahogaría.

MARIA, MADRE DE DIOS, DE LOS HOMBRES Y DE ESPAÑA

María, Madre de Dios, de los hombres y de España

(Discurso pronunciado por don Manuel de Benavides en el Teatro Bretón de los Herreros, el día 7 de Noviembre de 1954, en el acto organizado por la Excma. Diputación Provincial de Logroño).

Excmo. y Rvdmo. Sr.; Excmos. e Iltmos. Sres.; señoras y señores :

Dos sentimientos poderosísimos, igualmente fuertes, igualmente importantes, igualmente vehementes, igualmente sinceros, se disputan en este momento la primacía de mi corazón : Es uno de ellos de profunda gratitud hacia quienes habéis tenido la bondad de pedirme que os hable en este acto consagrado a la Santísima Virgen, en el cenit del Año Mariano; es el otro un pesar, también sincero de que os hayáis acordado de mí para semejante empresa.

Os agradezco, primeramente, el haberme invitado a cantar las glorias de María, porque es Ella la bendita entre todas las mujeres de la tierra, la que llaman Bienaventurada todas las generaciones (Luc. 1-48), la que comparte con Dios las no interrumpidas alabanzas de los ángeles y de los santos, la que de continuo es alabada por el Padre como Hija, acariciada por el Verbo, como Madre, y saludada por el Espíritu Santo por Esposa, con aquel amoroso arrullo del Cantar de los Cantares: «Toda eres bella, amiga mía, toda eres bella y no hay mancha alguna de pecado en ti » (Cant. Cants. 4-7). Y claro está que es para mí un honor altísimo e inmerecido unir mi voz a ese coro inmenso de laudes en el cual vibran armónicamente combinados las voces de los ángeles, de los hombres y del mismo Dios, y que

llena de la gloria de María la redondez de la tierra, la sucesión de los tiempos, el seno mismo de la eternidad y la inmensa amplitud de los cielos.

Os agradezco también vuestra invitación porque me ponéis en la precisión de decir amores de hijo a quien me ama con amor de madre, a Esa que ama a cada uno de sus hijos más que puedan amarlas juntas todas las madres de la tierra; Madre que es nuestro sostén en las necesidades, nuestro refugio en las tentaciones, el imán de nuestros deseos, el cendal de nuestras lágrimas; Madre que nos obsequia con sus favores y nos alienta con sus sonrisas; Madre, en fin, que—permítaseme el personal recuerdo — en pasados días de penoso cautiverio, cuando la sombra de una muerte bárbara y violenta se confundía con mi misma sombra, supliqué y me oyó, y usando, como expresa el Magnificat, del « poder estupendo del brazo suyo », rompió las cadenas de mi cautiverio y abatiendo la soberbia de los que me perseguían, me devolvió sano y salvo a los brazos de otra madre que con lágrimas en los ojos y con angustias en el corazón me esperaba.

Finalmente os agradezco vuestra atención porque ponéis en mis manos una obra que lleva consigo recompensa tan sublime como la que entrañan las palabras que la Sagrada Escritura pone en boca de María : « Los que se emplean en glorificarme tendrán la vida eterna ».

Más tan grande como mi gratitud hacia vosotros, es mi temor frente a lo irrealizable. Vengo a hablar en un acto Mariano. Empresa imposible para mi pobre verbo ensalzar las glorias de María; porque ensalzar debidamente a María es tanto como pretender abrillantar el sol, blanquear la nieve, endulzar la miel o inundar el océano; porque María está tan alta, es tan bella, tan alta, tan luminosa, tan blanca, tan pura, que no sé mirarla, no veo con estos ojos mortales.

Oportuno es hablar de María, y vosotros, fino sentido, lo habéis atisbado. La gracia singularísima del Año Santo Mariano, con que ha querido obsequiarnos la paternal bondad del Santo Padre Pío XII, gloriosamente reinando, en el Centenario de la Proclamación Dogmática de la Inmaculada Concepción, lo

pide así, y lo exige también este renacimiento de las actividades protestantes que estamos viviendo en España. Más que infantil, sería suicida desconocerlo. Ayudado por una fuerte organización, donde lo religioso linda y se interfiere mil veces con lo político, servido por una potente economía, administrada con liberalidad, el protestantismo tiene una actividad y un desarrollo en nuestra Patria Mariana, que vale la pena vigilar cuidadosamente. No hemos de insistir más en esto; pero el pueblo de España y las autoridades de España tienen el deber de recordar, y recordarlo a todos, que España no ha tenido nunca problema de Fe, sino de conducta, no ha tenido nunca problemas de Dogma, sino de Moral; y que España, en una palabra, con todas sus negligencias, con todos sus defectos, con todos sus errores, y con todos sus pecados, no ha sabido nunca vender su fe mariana por muy alto que sea el valor de la divisa con que se le pague.

El protestantismo al alzarse contra la Iglesia y la autoridad papal negó los dogmas marianos; y en su soberbia, no advirtió que negando a María negaba a Cristo, y negaba los fundamentos de la Religión. Y es que la Cristología y la Mariología forman una unidad dogmática que la historia de la Teología demuestra que no se puede separar y que tiene que ser totalmente afirmada o negada: Ni Cristo, ni el Verbo hecho carne se concibe sin María, de quien la tomó, ni María se concibe sin Cristo, de tal modo que es doctrina generalmente recibida que si el Verbo no se hubiese hecho carne, que si en los planes de la Trinidad no hubiese existido la Redención por la Encarnación del Verbo, que si el Verbo no hubiese vivido entre nosotros, María, como individuo físico, no hubiese existido, María no hubiese llegado nunca a nacer.

El corazón y la boca se llenan de las alabanzas de María, porque es ella la «bendita entre todas las mujeres de la tierra». (Luc. 1-28).

¡Bendita la legión de las gloriosas mujeres de la tierra! Dios mismo inmortalizó a algunas de ellas en las páginas del Antiguo Testamento: se alaba a Eva, por la santidad e inocencia con que fué creada; se pondera los atractivos físicos de

Raquel; Dios y el pueblo de Israel bendicen a María, la hermana de Moisés (la única que lleva en el Antiguo Testamento el nombre de la Virgen), por su virginidad y porque canta con su hermano el paso del Mar Rojo; Judith es ensalzada porque matando a Holofernes devuelve la libertad a su pueblo, y Esther, la bellísima Esther, es objeto de alabanzas sin cuento, porque con la ternura de su corazón sabe ablandar la dureza del corazón de Asuero obligándole a revocar el decreto de exterminio del pueblo judío, siendo la más completa prefiguración de María medianera de todas las gracias. Y no me atrevería yo a quitar de las sienes de esas mujeres la corona de gloria que por los siglos ostentan. Y alabaría la penetración de Artemisa, y la castidad de Lucrecia... Y qué decir si penetramos en la gloriosa teoría de las mujeres del cristianismo: heroínas que como Santa Inés y Santa Cecilia, al precio de su sangre y de su vida supieron defender el doble tesoro de su virginidad y de su fe; legiones de mártires de los primeros y de los últimos tiempos de la Iglesia; legiones de madres que como Santa Nona y Santa Mónica, al calor de sus entrañas, de sus lágrimas y de sus oraciones, supieron engendrar figuras tan colosales como las de San Gregorio Nacianceno y San Agustín; mujeres que saben escalar las alturas de la cumbre mística de la unión con Dios como Santa Catalina de Sena y Santa Teresa de Jesús; gloriosas legiones de las mujeres que en los monasterios rezan por los que no rezan, y que en las leproserías, en los hospitales, en los orfelinatos y en los asilos, secan las lágrimas y mitigan los dolores de la tierra.

Mas toda la gloria de estas mujeres se trueca en escoria y todo su brillo se oscurece, ante el esplendor de María. Y es que — como dice Mella — el tipo de la Virgen es de una grandeza tal que rebasa las ideas más altas de los hombres : Hija, Esposa, Madre, Virgen, todo al mismo tiempo y en una misma unidad, María es la realización de la belleza sobrenatural: Ruborosa y humilde en la salutación angélica, trasportada de gozo en el Magnificat, atravesada con todas las espadas del dolor en el Stabat Mater Dolorosa, bajo todas las formas y advocaciones, María ha rendido la admiración de los hombres, ha subyu-

gado a los teólogos, ha sido la Musa inspiradora de los artistas, y ha merecido el respeto hasta de los mismos paganos, y ningún verdadero poeta ha pasado por delante de su altar sin saludarla con una vibración de su lira y de su alma.

Perdonad que en alas de las alabanzas de María me haya separado un poco de la tesis apuntada :

Dice el Cap. VIII del Libro de los Proverbios : « El Señor me tuvo consigo al comienzo de sus obras..., desde el principio, antes de que existiese cosa alguna; desde la eternidad fuí predestinada... no existían los abismos y ya estaba yo concebida... cuando asentaba los cimientos de la tierra con Él estaba yo disponiéndolo todo y eran mis placeres el holgarme en Su Presencia y eran mis delicias el estar con los hijos de los hombres... »

Y añade el Eclesiástico «Exaltada estoy desde el principio como el cedro del Líbano, y como ciprés en la colina del Monte Sión... y tengo extendidas mis ramas que son de honor y de gracias... y mi morada definitiva será lo más alto del reino de los santos» (Ecles. 24, 14-17).

Hasta ese principio, hasta esa eternidad, elevémonos nosotros en alas de la imaginación y de la fe. Sigamos a San Juan: San Juan, como una flecha que guía la maravilla de su inteligencia y que impulsa el fuego de su corazón, como un águila caudal, ese águila que va a ser su símbolo en la iconografía de los Evangelistas, se eleva hasta la misma Jerusalen celestial, que él describe en el Apocalipsis, como con muros de jaspe y cimientos de piedras preciosas; crucemos sus puertas de cristal y gocemos de la luz con que la inunda el Cordero Inmaculado; mas no nos detengamos allí; sigamos subiendo todavía hasta rebasar los nueve coros angélicos: el coro de los Angeles, custodios de los hombres, y el de los Arcángeles, protectores de las ciudades, y el de los Principados, defensores de los reinos; crucemos el coro de las Virtudes, que obran maravillas, y el de las Dominaciones, Jefes de espíritus, y el de las Potestades, que

vencen al abismo; y superemos, por último, el coro de los Tronos, escabel del Señor, y el de los Querubines, reflejos de la Sabiduría Divina, y el de los Serafines, chispas brotadas del amor de Dios; sigamos subiendo aún, hasta acercarnos respetuosamente hasta el Trono de Reyes y Señor de los que dominan, del que tiene en sus manos la suerte de los hombres, y allí, más que con los oídos con el corazón, escuchemos que del Corazón de ese Ser, el único Ser que existe, y del que dicen los teólogos que se complace eternamente sin saciedad y sin deseo en la contemplación de su propio Ser, brota eternamente un saludo, un «Ave», que al llegar la plenitud de los tiempos cae en labios del Arcángel Gabriel, para que éste baje a la tierra y lo deposite dulcemente en los oídos virginales de María.—El primero que dice «Ave María», no es por lo tanto un hombre, no es ni siquiera un ángel, es Dios mismo quien lo dice eternamente «ab initio» desde el seno mismo de la Trinidad.—

María es madre de Dios

Unánimemente afirma la Teología que Dios quiso que del mismo modo que por una mujer entró el pecado y la muerte en el mundo, por otra Mujer entrase en el mundo la vida y la redención.—Para el pecado inicial, cuando por primera vez Satán hace su primer llamamiento a la soberbia del hombre, junto a Adán está Eva; así también junto al nuevo Adán, que es Cristo, está la nueva Eva, que es María.

Desde el principio, en los albores del Génesis, muestra el Señor su inequívoca voluntad: Ahí está la escena del Paraíso: «Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la descencencia suya; ella quebrantará tu cabeza, y tu irás por todas partes acechando para intentar herirla en el calcañar» (Gen. 3, 15)– Junto al primer pecado y al primer tremendo castigo, la primera promesa de perdón y de reconciliación a través de la mujer.

Desde entonces María, que existe «ab initio» en la mente de Dios empieza a ser conocida de los hombres: Se canta su espíritu en el Libro de la Sabiduría; se le venera en los Proverbios, se le arrulla con encendidos piropos en el Cantar de los Cantares y se le alaba en los Salmos de David; la prefiguran las grandes mujeres del Antiguo Testamento, sueñan con ella legiones de venerables Patriarcas en las largas noches orientales muradas de estrellas, y con angustiadas urgencias la anhelan cinco centurias de Profetas... Y luego, al llegar la plenitud de los tiempos, cuando el Verbo se va hacer carne y va a habitar entre nosotros, cuando todo está a punto de cumplirse, cuando faltan treinta y tres años y unos meses para que sobre el Calvario, como un hito que divide dos humanidades y dos mundos, se eleve la Cruz que va a atraer a Sí todas las cosas (Juan 12, 32) entonces, al llegar la plenitud de los tiempos, «missus est a Deo angelus Gabriel...» —envió Dios al Angel Gabriel—... y EL ANGEL DEL SEÑOR ANUNCIÓ A MARIA, Y CONCIBIÓ POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO.

Las palabras de San Lucas cuentan por menudo la escena: «Envió Dios al Angel Gabriel a Nazaret, Ciudad de Galilea, a una virgen desposada con cierto varón de la casa de David, llamado José; y el nombre de la Virgen era María; y entrando el ángel donde ella estaba le dijo: Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...» (Luc. 1, 28)

Trasmite el ángel su mensaje; la virgen concebirá y parirá un Hijo que será llamado Emmanuel; María se turba; sabe que ofreció su virginidad a Yavhé, y que no ha mantenido ni mantendrá nunca contacto con varón. Es tal su humildad que aun sabiéndose de la casa de David, conociendo las Escrituras, sabiendo que están próximas a cumplirse las semanas del Profeta Daniel (Daniel 9, 24) que como canta la liturgia del Adviento, las nubes van a abrirse y llover al Justo (Isaías 45, 8) se cierra a sí misma las puertas de la mayor ilusión de todas las mujeres del pueblo de Israel, negándose, por vía natural, la posibilidad de ser Madre de Dios.

No hay con el ángel ni un diálogo de dudas, ni una batalla dialéctica; hay, simplemente, algo que María no sabe; un misterio que atisba, porque seguramente conoce la profecía de Isaías de que «una virgen concebirá y parirá un hijo», (Isaías 7, 14) sin comprenderlo del todo y que la lleva a exclamar «Cómo puede ser eso si no conozco varón?» (Luc. cit). «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra...

... Y entonces María, que no tiene voluntad propia porque hace tiempo se declaró a sí misma sierva del Señor, hace lo más difícil que se puede hacer en este mundo : porque puede darse la vida, y los bienes, y la honra, pero cuesta mucho trabajo dar ese poquito de personalidad que llevamos todos dentro; ese pedacito de nuestro yo, que se defiende de ser entregado; eso saben hacerlo las mujeres y las madres, y María que es la primera de todas lo hace mejor que ninguna, y abandonando todo ello, se entrega al mandato, se apresta a colaborar en los planes divinos, empieza su obra de Corredentora, y como no tiene voluntad propia no dice ni sí ni no, sino que se limita a decir en voz ante el Angel, lo que mil veces se ha dicho a sí misma en su propio corazón: HE AQUÍ LA ESCLAVA DEL SEÑOR HÁGASE EN MI SEGÚN TU PALABRA».—

El Sacerdote y la Víctima eternos acaban de ser consagrados en el vientre de la Virgen; en ese mismo momento ¡qué tremendo misterio, señores!, el Verbo toma carne en las entrañas de María, primer sagrario de la tierra, y allí mismo eleva al Padre su primera oración sacrificada como nos cuenta San Pablo « Me diste un cuerpo, ¡oh Padre !, porque no querías sacrificios insuficientes. Ecce venio... He aquí que he venido » (San Pablo—Hebreos - 10, 8 - 9). El «consumatum est» de la Cruz no es más que la última consecuencia de ese «ecce venio» que el Verbo Divino pronuncia en las entrañas de María en el instante mismo de la Encarnación, en ese momento crucial de la historia del mundo, en ese momento en que somos salvados

y redimidos, en ese momento en que EL VERBO SE HIZO CARNE Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS.

María es la Madre de Dios; para negarlo hay que negar todo el Evangelio. No caben ya en la Fe compartimentos estancos : la identificación del Hijo que está en sus entrañas es demasiado terminante; la Historia Evangélica va de prisa, clara y con detalles. María—sagrario viviente de Dios vivo -va a casa de su prima Isabel; e Isabel (es Evangelio) llena del Espíritu Santo fué a ella y le dijo : «Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre »; y María no calla, sino que implícitamente confirma, al entonar las estrofas del Magnificat ». Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se glorifica en Dios, mi Salvador, porque ha hecho en mí grandes cosas aquel que es Todopoderoso, y Su nombre es Santo... » Y San Juan dice « que en el principio el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios... y que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros... » Y luego es el nacimiento en Belén, y los pastores que vieron al Niño acostado en el pesebre, y los Reyes que encontraron a María y a su Hijo... y juntos van al destierro de Egipto, para librar a Jesús del odio de Herodes ..; y es la escena del Niño perdido y hallado y aquel «estarles sujeto» con que el laconismo evangélico describe los años de vida oculta de Nazaret. Madre e Hijo recorren juntos las páginas del Evangelio... y es el Bautista, que con encendida mirada profética, como un león que desde el destierro baja a su bañadero, áspero y duro que se humilla ante el hijo de María y que en la orilla del Jordán lo señala a sus compatriotas, como el nuevo Cordero de Dios que quita los pecados del mundo... Y las gentes, sus contemporáneos, entre sus predicaciones y sus milagros, le reconocen como el Hijo de María la mujer del carpintero... Y son las mismas palabras de Cristo : «Yo salí del Padre y vine al mundo». « Así conoceréis que el Padre está en Mí y Yo en Él...» «Eso no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino Mi Padre que está en los cielos», y por último, y definitivamente,

«Yo soy el Hijo de Dios Bendito...» ¡Y cuántas más...! Y eso lo dice Cristo, el Hijo de María, que más testimonio de su divina maternidad...? Luego en la amargura tremenda del Calvario, Cristo, el Jesús Nazareno, Rey de los Judíos, perfectamente identificado, a María, su madre, que está al pie de la Cruz nos entrega como hijos..., y momentos después, cuando ya ha muerto, cuando todo se oscurece y se conmueve, el último testimonio, salido esta vez de labios de un pagano: el Centurión romano que, abatido y contrito, baja del Calvario dándose golpes de pecho y exclamando: «verdaderamente este Hombre era Hijo de Dios».

La antigüedad cristiana confesó unánimemente que María es Madre de Dios, y sólo cuando Nestorio, Patriarca de Constantinopla, se atrevió a negarlo, los doscientos Obispos reunidos en Efeso, con el aplauso de los fieles y la aprobación del Papa San Celestino, en el año 431, le proclamaron como dogma de fe. En Roma, la Basílica de Santa María la Mayor, recuerda la proclamación dogmática de Efeso.

María es madre de los hombres

María, además de Madre de Dios, es también Madre nuestra.

Todos recordáis perfectamente la escena: Jesús está en la Cruz, y habiendo visto a su Madre y al discípulo que Él amaba, dice a su Madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo»; y luego al discípulo, «Ahí tienes a tu madre». Hasta aquí el texto de San Juan (Juan, 19, 26-27).

Según este pasaje evangélico, María es nuestra Madre; o lo que es lo mismo, tiene para nosotros entrañas, y alma, y corazón de Madre, y no sólo cuenta con el poder de alcanzarnos de Dios las gracias necesarias para no fatigarnos en los caminos de esta vida presente y conquistar la gloria futura, sino que está siempre deseosa de realizarlo.

Hay una palabra—nos recordaba Mella—que es la primera que se pronuncia : Madre; sólo los que la han conocido y la han perdido después de crecer y vivir bajo el impulso de su amor, saben todo lo que esta palabra encierra : El despertar de la niñez, y las primeras oraciones puestas en los labios con los primeros besos; las horas doradas de la adolescencia que no volverán; las ilusiones y las esperanzas, y también los desengaños que las marchitan; las penas y las alegrías, las amarguras y los gozos, las lágrimas y las risas; todo, en fin, se enlaza con la que nos comunicó la savia del cuerpo y del alma, y, por eso cuando la perdemos, nos acompaña como una sombra invisible, dejándonos un recuerdo que los años no borran de la memoria y una espina siempre clavada en el corazón.

¡ La orfandad ! ¿ Qué religión o qué filosofía podrían aliviarla o suprimirla, sustituyendo a la madre muerta por una que no muere nunca ? Sólo una religión Divina podría hacerlo, sólo un Dios podría dárnosla, y nos la da en María, pero no como un símbolo, sino como una realidad; la realidad que sobre nosotros invocaron nuestras madres en las horas de angustia y de la que todos guardamos testimonio; porque es Ella la que en los momentos supremos, hasta el momento tremendo de la muerte, tanto si es después de larga permanencia y dolor por el cáncer o por la tuberculosis, como si es el rápido patinazo del automóvil, en los momentos en que el corazón es arrastrado por las aguas negras del dolor, parece que se inclina hacia nosotros, y nos alarga un pico de su manto, para que, asiéndonos a él, nos salvemos del naufragio.

Sólo una anécdota para terminar este apartado de «María, Madre nuestra». Pudo ser verdad, o pudo ser leyenda; pero es demasiado elocuente para silenciarlo :

En los primeros siglos de la Iglesia, dos monjes, dos anacoretas, es igual, lo que fuere, uno viejo y otro joven, paseaban platicando del Evangelio; y el más joven confesó al más viejo sus dudas y sus ignorancias : yo, hermano, me he complacido

mil veces en la parábola del hijo pródigo; pero no llego a entenderla del todo; decidme : se habla allí del padre, venerable anciano, loco de contento y de júbilo, por la vuelta del hijo; y del hermano mayor, que contempla con malicioso recelo el regreso del pródigo, y de los criados que, convocados, se aprestan en recibirle, y aun de los animales, que hay que sacrificar para festejarlo... decidme, hermano ¿ por qué el Evangelio del hijo pródigo no habla de la madre ? El anciano dilató un momento su discurso, y, al fin, más conocedor del corazón humano y de la real experiencia de la vida, contestó : «hermano, el hijo pródigo no tenía madre; si el hijo pródigo hubiese tenido madre, no hubiera vuelto, porque nunca se hubiera ido del todo ».

María, Madre de España

Si el mundo entero ha cantado siempre las glorias de María, España lo ha hecho más que cualquiera otro país.

Su historia, su geografía, su raza, sus pueblos, sus mujeres y su vida están llenas de la figura y del nombre de María.

La historia de España está de tal modo unida al culto de la Virgen que no se concibe sin él; en el décimo Concilio Toledano se regulan las festividades litúrgicas de la Virgen, que ya desde antiguo se venían celebrando; y cuando la nacionalidad empieza, y se van dibujando las lenguas de España, todas la cantan como la alondra a la aurora; la de Castilla puede decirse que empieza con la Vida de Santa María Egipciaca; la catalana, con la Desesperación de Raimundo Lulio, y la gallega, con las Cantigas de Alfonso X el Sabio.

Y cuando la península se estremece con las invasiones de Almanzor, cuando los normandos siembran el espanto en nuestras costas, y la monarquía naciente vacila en el siglo Milenario, un Obispo español, Pedro de Mezonzo, como un quejido de angustia, pero también de esperanza y de amor, que sale del alma española, tal vez por primera vez en el dulce idioma ga-

llego, canta las estrofas de la Salve, que después, por todos los siglos, va a incorporar la Iglesia a su liturgia universal.

En el siglo XIII, cuando todos los esfuerzos se agitan en la lucha contra los albigenses, otro español, Domingo de Guzmán, supremo precursor, enseña al mundo a rezar el Rosario... y los navegantes de España abren en el mar, con las quillas de sus barcos, nuevos caminos al nombre de María, y «Santa María» se llama la nave capitana de Colón, y aquella otra en que Magallanes y Elcano «primus circundidisti mihi» dan por primera vez la vuelta al mundo.

Y la más grande de nuestras epopeyas, la Reconquista, empieza en Covadonga a la sombra de la Virgen, termina en Granada cuando un caballero español, clava con su puñal el Ave María, en las puertas del Alhambra.

Yo sé que hablar en España de María es tocar la fibra más sensible de su corazón :

Mirad; hace tiempo, a distancia de siglos, las aguas del Ebro, el viejo río hispano, ese río que luego iba a ser portador de cadáveres gloriosos, se conmovieron de emoción y de entusiasmo al sentir reflejarse en ellas la imagen de María, venida en carne mortal a Zaragoza. Y entonces, allí mismo, en aquel mismo momento, sobre la columna que trajeron ángeles, por voluntad expresa de la Señora, surgió el Templo Mariano del Mundo, y fueron piedra en la piedra (Dios te salve, María, llena eres de gracia), las palabras del Arcángel...

... Y desde entonces, una larga teoría de vírgenes, lírica y varia, como son líricas y varias las estrofas de la Letanía Lauretana, llenan del nombre de María, los pueblos, las comarcas y las regiones de España.

Los duros guerreros de Pelayo templan sus armas y su espíritu, ante la Virgen pequeñita y morena, y es Covadonga «la cuna de España».

El templo ciclópeo de Monserrat, con sus breñas y con sus oquedades, devuelve multiplicados y confundidos los ecos de la

Salve Benedictina, y los ecos del redoble del Tamborcillo del Bruch.

En Valencia la Virgen de los Desamparados, inclinándose hacia el suelo, se complace mirando las flores de la huerta, mientras que en Murcia, la Virgen de la Fuensanta, preside los cantos, los hogares, las diversiones y los rezos, de la muchedumbre campesina.

Almería, mediterránea y marinera, al sol que le viene del Africa, alienta confiada, bajo el Patrocinio de nuestra Señora la Virgen del Mar.

En Málaga, hombres de marengos, negros de sol y de salina, sienten el peso leve de la Virgen de la Victoria.

Granada ofrece sus cármenes a la Virgen de las Angustias como si quisiera mitigar su amargura.

Las hojas vueltas de los olivares de mi tierra de Jaén ponen una alfombra de plata a la Virgen de la Capilla, mientras que allá arriba, en lo más alto de Sierra Morena, montaraz y heroica, la Virgen de la Cabeza vela por la integridad del Santo Reino.

La devoción mariana se hace marinera, y cruzado el Estrecho, surge en otro continente con la devoción a la Virgen de Africa, Patrona del Protectorado.

Mientras tanto, aquí, en la punta misma de Europa y de España, olvidada por todos, desconocida por todos, derrumbado su santuario, otra advocación : Nuestra Señora la Virgen de Europa; quiera Dios en este año Mariano poner al menos los cimientos para la reivindicación de esta Virgen nuestra; porque nuestra Señora la Virgen de Europa está en el territorio pagano y extranjero de Gibraltar.

En Sevilla, las calles estrechas, son incapaces de contener el ardor mariano de los sevillanos, y los palios grandes de sus Vírgenes, las vírgenes que salen a la calle esperando los dardos de piedad de las saetas, ese canto tantas veces despreciado, que tiene alturas de cumbre mística, y que también definiera el

poeta andaluz Antonio Machado : « canto del pueblo andaluz — que todas las primaveras—anda buscando escaleras—para subir a la Cruz».

Allá en Huelva, en plena sierra, lindante a la frontera de Portugal en parajes que saben de canciones de mineros y de contrabandistas, esculpida en piedra La Virgen del Camino, y debajo de ella, en piedra también, una copla que parece que está exigiendo el fondo musical de la guitarra : « El que pase por la sierra - y no le rece una Salve—ni es cristiano, ni andaluz — ni es española su sangre ».

Extremadura, áspera y recia, encierra en lo más más fragoso de su sierra, la Virgen morena de Guadalupe, que luego va a tener ansias de mar, y a cuyos pies, como un viejo león cansado, vino a morir el Emperador más grande que tuvieron los siglos.

La inmensa llanura manchega, alternando el verde de los pámpanos de sus vides, con el rojo encendido de sus tierras, es un tapiz cambiante puesto a los pies de la Patrona la Virgen del Prado.

El heroísmo de la fortaleza toledana no hubiera tal vez sido posible de no ir unido desde el primer momento a la devoción de nuestra Señora del Alcázar.

Del frío tremendo de la llanura de Avila se abriga nuestra Señora en la Cueva de la Soterraña; la misma señora que más arriba, en la sierra de la Demanda, entre el verde constante de los pinos, de los huertos, de las vides y de los frutales es «Sol de la Rioja, María de Valvanera».

En León, Santa María, recibe como un ex voto el manto imperial de Alfonso VII, mientras que en Lugo, como un remanso de paz en el trabajo de las peregrinaciones compostelanas, alienta a los que vienen Nuestra Señora de los Ojos Grandes.

En Vizcaya, en lo alto de su colina, más alta que el árbol milenario de sus libertades, nuestra Señora de Begoña contempla el trabajo fecundo de sus hijos; mientras que en San Sebas-

tián, la plaza de la Concha, es una media luna puesta a los pies de la Virgen del Coro.

Las islas cantan también su canto a la Virgen, defendida en el centro de la Isla, tienen los mallorquines su Virgen del Lluch, que sabe de las hazañas de Jaime el Conquistador; y en Canarias, una advocación que parece puesta por el mismo Dios, la Virgen de la Candelaria, porque no se sabe si quiere significar el fuego del amor mariano de los corazones de los Guanches, o el fuego del corazón de sus montañas.

Y por último en Madrid — porque en algún sitio es forzoso acabar — la devoción mariana se parte en dos, y se hace aristocrática y señora con la Patrona, Santa María la Real de la Almudena, y popular y castiza, se envuelve en el mantón de flecos, y pone su amor, su devoción, su fe y sus hijos a los pies de la Virgen de la Paloma.

España—que nunca supo guardarse egoistamente lo bueno, sino que sabe darlo a los demás—impuso con su influencia el culto a María. Con nuestros colonizadores, con nuestros guerreros, con nuestros aventureros, nuestros frailes y nuestros navegantes, por los estuarios de Huelva, y por las rías gallegas —que son como arterias trazadas en la carne de España por los dedos divinos—se escapó, con nuestra cultura, nuestra devoción a María, y cruzando el mar, llenó de santuarios la América española, y surgen la Virgen de los Remedios, y la de Altagracia, y la Caridad del Cobre y la del Buen Aire, y mil más, que florecen al fin como un ramo de rosas, las rosas que un día florecieron en manos del indio Juan Diego, allá arriba, en la cumbre del Tepeyac, con la devoción a Nuestra Señora la Virgen de Guadalupe americana.

Y nuestras mujeres se llaman como María, y toman en el Norte advocaciones geográficas, y se llaman Covadonga y se llaman Begoña y se llaman Monserrat, y toman en el Sur advocaciones psicológicas, y se llaman Angustias y se llaman Dolores, y se llaman Esperanza y se llaman Soledad.

María ha sido siempre, es y será, la Reina y la Madre de España. Porque por la Religión y por María derramamos nuestra sangre, y perdimos nuestra tierra y gastamos nuestro oro; porque nunca supimos de la virtud fácil de la transigencia ni de la política de mano tendida, es por lo que ahora, a punto de terminar, os repito las palabras con que empezaba, os repito la rotunda afirmación, que conmigo suscribís todos, de que España no venderá nunca su fe Mariana por muy alto que sea el valor de la divisa con que se le pague.

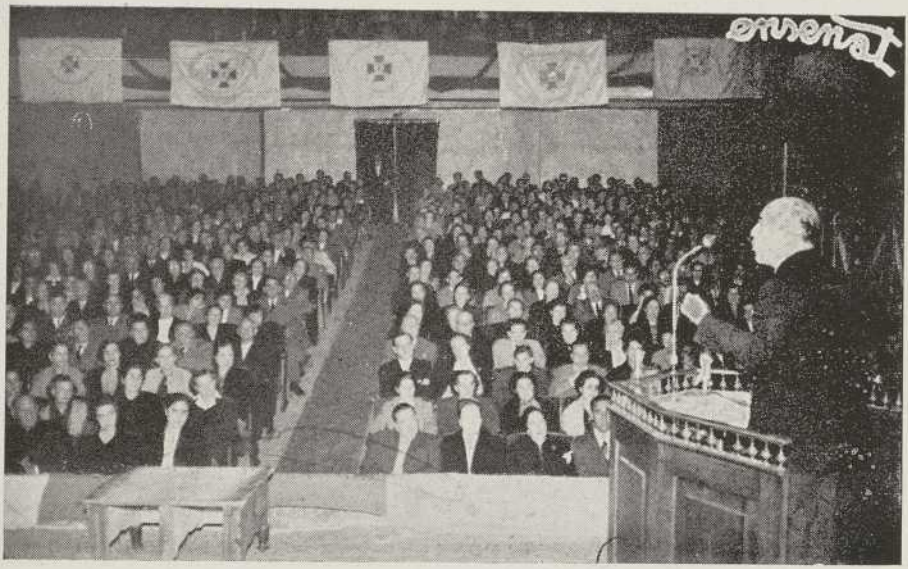
* * *

Culmina el año Mariano.... es ahora cuando debe empezar la vida mariana. No publicó el Papa el año mariano para que fuera un paréntesis en nuestra vida, sino para que fuera el principio de nuestra renovación. Quiere que conozcamos a María, para que conociéndola la amemos, y para que al amarla la imitemos.

La Virgen no ha vuelto a la tierra, en una especie de Asunción al revés de arriba a abajo—y estoy aludiendo a Fátima—, ni ha hecho que una imagen suya llore lágrimas de verdad en Siracusa, para congregar muchedumbres como en un espectáculo teatral, ha vuelto para arrastrar la voluntad y el corazón de esas mismas muchedumbres; ha vuelto para repetirnos la llamada de Cristo, para ser la reproducción y el eco de la voz de Cristo, que nos llama la voz de Cristo, que un día se escuchó en las rientes riberas del Tiberiades, y que después, mil y mil veces, a través de la historia de la humanidad se ha repetido como un eco que arrancando desde la cumbre, rodara por la ladera del Monte Tabor, ancho y redondo como la cúpula del pueblo de Israel; la voz de Cristo, que fué como un eco de aquella otra salida de quien a sí mismo se calificara como «una caña movida por el viento», eco de Juan, el Precursor, de quien el otro Juan, su homónimo, el Apóstol y Evangelista de Cristo

habría de decir años más tarde «que vino como testigo para dar testimonio de la luz, a fín de que por él todos creyesen». Repetición y eco de la voz de Cristo: la voz por la que Pedro y su hermano Andrés y los hijos del Zebedeo, dejaron sus barcas y sus redes para ser en adelante pescadores de hombres; la voz por la que Mateo derribó precipitadamente su banco de alcabalero; la voz que atrajo a Judas—aunque después renegara de ella—a aquel Judas que era rebelde y áspero y duro, como duras y ásperas y rebeldes las rocas de su tierra de Keriot, cuando abandonando el domicilio de su padre, Simón el curtidor, vino a las riberas del Tiberiades a pedir trabajo en las barcas de Pedro; la voz que sacudió el escepticismo de Natanael, aquel a quien Cristo contemplara debajo de la higuera; la voz que, al conjuro dulcísimo de «¿por qué Me persigues?, convirtió a Saulo el perseguidor, en Pablo el Apóstol, derribando y abatiendo su arrogancia de ciudadano romano sobre el polvo envilecido del camino de Damasco; la voz que atrajo a Felipe, y a Santiago el Menor, y a Tadeo y a Simón el Zelota; la voz de Cristo que hizo posible la fe de los confesores, y la pureza de las vírgenes y el triunfo sangriento de los mártires, la voz de Cristo, firme, como un mandato de Jehová, y dulce al mismo tiempo, como es dulce su tierra de Galilea, tierra de pastura, que nos invita a su seguimiento con palabras que no son una esperanza, que no son una promesa, sino que por salir de la boca de Cristo, son una realidad de espléndida gloria. «Sígueme; sígueme y participarás del Reino de mi Padre».

El Sr. Lope Toledo, después de recibir el premio, es felicitado por las autoridades que presidían el acto mariano.



D. Manuel de Benavides en un momento de su brillantísimo discurso

IMPRENTA MODERNA
LOGROÑO